

Antonio Blanco Salgueiro: *La Relatividad Lingüística (Variaciones Filosóficas)*. Akal Lingüística. Madrid, 2017. 302 páginas.

*No son las cosas, son los filósofos los que son simples*, esta cita de John L. Austin, con la que Antonio Blanco (¿debería llamarle “Branco?”, para que el sesgo castellano foráneo a su pensamiento galaico-morraceño no condicione nuestro juicio?) abre y cierra el libro parece ser el *leit motiv* que ha empujado al autor a una concienzuda, lúcida y por momentos obsesiva exploración de todas las variantes, cualificaciones, corolarios, lemas, subtesis y supratesis de lo que se ha dado en llamar, desde que hace cosa de unos cien años los padres de todo esto, Sapir y Lee, propusieran sus provocadores argumentos, el relativismo lingüístico. Este es, sin duda, el rasgo más saliente del proceder del autor, el que sirve de hilo conductor al discurso filosófico y donde seguramente se cifran sus más valiosas aportaciones al debate.

En efecto, el autor toma la entrañable tesis de la relatividad lingüística que todos hemos desvelado en su momento como si fuera un caramelito de menta, *la lengua determina el pensamiento*, a la que bautiza con las siglas RL, y procede a diseccionarla pacientemente con la precisión de un anatomista experto. En el primer capítulo la secciona limpiamente en dos partes iguales, ICL (*el lenguaje afecta al pensamiento*) y DL (*las lenguas difieren entre sí en aspectos no superficiales*). Algo que resulta muy necesario para entender el debate, pues ambas tesis son independientes (por poner un ejemplo dos de los contrincantes más destacados, los chomskianos y los neowhorfianos, comparten ICL y solo disienten sobre DL) y solo al combinarlas obtenemos la postura whorfiana. De ICL más DL el autor ya extrae nada menos que ocho corolarios, que son como ocho capas dérmicas que cubren el cuerpo del relativismo lingüístico, IT (*es imposible traducir*, las siglas son mías y no del autor, espero que me disculpe la licencia pero no he podido sentir compasión por estas otras huérfanas de nombre), IA (*es imposible aprender una nueva lengua*), AL (*la lengua nos aliena, no nos deja pensar la realidad*), CO (*la lengua es un instrumento de poder*), RO (*cada lengua constituye un mundo*), RV (*la lengua determina los valores morales e ideológicos*), VLN (*cada lengua es exclusiva de un pueblo o una nación*) y RFC (*las prácticas filosóficas y científicas están determinadas por la lengua en que se hacen*). Algo que igualmente semeja resultar muy necesario, para dejar claras las dimensiones del problema de las relaciones entre lenguaje y pensamiento, que no es solo un problema teórico (un problema que afecta a aquellos encargados de estudiar la lengua y los modos de pensamiento) sino que tiene una dimensión práctica, vital, social o incluso política o económica, como se puede ver simplemente siguiendo la secuencia de los corolarios.

Pero no se detiene aquí el autor, sino que en el capítulo dos la emprende con ICL y tras pasar examen a algunas particiones previas (la de Carruthers en tres subtesis, las cinco “banales” de Pinker o las venerables tres ideas de Bacon sobre los ídolos de la tribu), la desdobra en una versión fuerte ICL-F (*determina*) y una débil ICL-D

(*influencia*), para a continuación dividir en dos nuevamente la primera: ICL-F NO CONSTITUTIVA (*sin constituirlo*) e ICL-F CONSTITUTIVA (*constituyéndolo*). Desafortunadamente tampoco esta distinción resulta suficiente para dar cuenta del panorama, por lo que el autor se ve obligado a una nueva partición, esta vez entre la versión global ICL-G (*en todos los dominios cognitivos*) y la versión parcial ICL-P (*en algunos aspectos del pensamiento*). Ahora bien, dentro de los dominios cognitivos afectables (percepción, atención, conceptos abstractos, memoria, imaginación, emoción...) pueden hayarse también subdominios (por ejemplo, en el dominio de la percepción están los subdominios del color, olor, sabor, etc), y dentro de los subdominios a su vez sub-subdominios, etc..., lo que obliga a introducir versiones de todas las tesis previas para cada uno de estos subdominios (en este caso el autor tampoco introduce siglas, supongo que habría que llamarlas ICL-P per, ICL-P aten...). Y también puede defenderse que todos los aspectos de la lengua influyen al pensamiento, adoptando ICTot (*todos los componentes del lenguaje afectan al pensamiento*), o predicarlos solo de algunos ICpar (*algunos componentes del lenguaje afectan al pensamiento*), lo cual produce una nueva “explosión” de variantes ICfon (fonética) ICfonol (fonológica), IClex (léxica), ICgra (gramatical), etc...

En el capítulo tercero el autor aplica un curso de operaciones similar con la otra subtesis, la de la diversidad lingüística, obteniendo primero una versión radical DL RAD (*las lenguas pueden diferir (y difieren, de hecho) mucho/sin límites entre sí*) y una versión radical, DL MOD (*las lenguas pueden diferir (y difieren de hecho) poco/moderadamente entre sí*). Adviértase que los paréntesis y las barras representan versiones distintas de cada tesis, por lo que en realidad cada una esconde cuatro diferentes, aunque el autor indica que en realidad estamos ante un continuo (¿el de los números racionales?) entre si afecta “en todo” y “en nada”, por lo que el número es aun mayor. A continuación distingue como antes entre versiones globales (DL TOT) y parciales (DL PAR), y entre estas últimas las variantes fonética, fonológica, léxica, gramatical...

Así pues, RL ha resultado ser no una sino una colección de tesis diversas. En el apartado 4.2. el autor propone caracterizar cada variante de la tesis del relativismo RxLy como un par ordenado formado por un ICx Ly y un Dly. Unos pocos cálculos bastan para ver que hay cuando menos 2 elevado a 3 elevado a 9 tesis distintas: 134.217.328. Y esto dejando de lado los puntos suspensivos de algunas definiciones, los componentes, sub y sub-sub componentes cognitivos y la “hipótesis del continuo” que introduce para dar cuenta de los grados de radicalidad, más algunas distinciones ocasionales que el autor se ve obligado a hacer *ad hoc* para introducir algunas posturas recalcitrantes, como la versiones cuantitativa y cualitativa que postula para dar cuenta del posicionamiento de Andy Clark, pues si las introduyéramos se nos dispara el cálculo más allá del infinito real.

Este *big bang* conceptual, que sin duda solazará al filósofo analítico de la vieja escuela, no es, me apresuro a decir, en absoluto gratuito (los huesos de Austin se removerían en su tumba si así fuera), sino que le resulta imprescindible al autor para emprender los que me parece son sus dos grandes propósitos y que, en mi modesta opinión, cumple satisfactoriamente. El primer propósito es trazar la cartografía más detallada que se pueda de todo el territorio de posturas posibles en torno a la relación entre lenguaje y pensamiento, pues una de las tesis principales del libro es que RL constituye un caleidoscopio de afirmaciones y composiciones de afirmaciones diversas. Y en efecto, a medida que el autor va desgranando cada una de las distinciones

(y las que vendrán después) va presentado debidamente encuadrado en su parcela del espacio lógico cada una de los distintos participantes (filósofos, lingüistas, antropólogos, psicólogos y hasta escritores de ciencia ficción), describiendo sus argumentos, posicionamientos y cuando es preciso los resultados experimentales o los indicios observados que aducen.

Aquí la riqueza del libro es ingente, y sumamente valiosa para quien se quiera iniciar o perserverar en el tema: desde los precedentes como Bacon, Humboldt o Darwin y los clásicos como Boas, Whorf o Chomsky hasta los que han venido dominando el debate en los tiempos modernos como Pinker, Carruthers o Clark y figuras menores o con una participación indirecta en el debate como Harrison, Davidson o Slobin. Este mapa conceptual, a su vez, sirve para el que es el segundo gran propósito del libro, que no es otro que denunciar la oscuridad conceptual y la oscilación terminológica que desde su planteamiento y hasta la actualidad ha envuelto la polémica, dificultando, entorpeciendo y en ocasiones haciéndolo encallar en posturas puramente beligerantes (un “vértigo argumental” propio de los intelectuales, usando palabras de Carlos Pereda).

Esto es algo que se deja ver sobre todo en el capítulo 4, donde el autor pasa examen a los argumentos aducidos respectivamente por los relativistas (donde aparecen nueve nuevas versiones de RL, que no describo para dejar algo de suspense al lector) y los universalistas. En el seguimiento crítico efectuado en el libro vemos a los participantes ejecutar una y otra vez una maniobra retórica que no se puede calificar más que como falaz: el autor prueba o refuta alguna tesis débil/parcial/moderada y partir de ahí da por probada o refutada una tesis fuerte/global/radical. Junto a este error, que a veces parece inocente y en otras no carente de mala fe, nos encontramos otro desagradable fenómeno, y es que en muchos casos los autores dejan indefinido o hacen oscilar el significado que le dan a sus conceptos teóricos (lenguaje, pensamiento, cultura, conducta, universal, determinar, influir...), o directamente dos autores enfrentados parten de conceptos diversos, con lo que tanto el intercambio dialéctico como el proceso propedéutico no puede, por su propia inercia, discurrir cabalmente.

Dicho sea de paso, aunque es obvia la intención enciclopédica de la obra (lo justo sería que el libro acabará constituyéndose en una suerte de Biblia del Relativismo Lingüístico), el autor no se esconde en el bosque de tesis y autores, sino que participa activamente en el debate a lo largo de las páginas del libro, posicionándose desde el principio a favor de un relativismo lingüístico moderado en la línea de Boas (influencia a través del hábito más que determinación a través de la constitución de un mundo), abogando después por la introducción de nuevos factores en la discusión como (siguiendo a Everett) la cultura, y sobre todo denunciando duramente la oscuridad conceptual y los errores en la argumentación que va encontrando por el camino.

Mención aparte merece el capítulo cinco. Tal ha sido la obsesión del autor por dar cuenta de todas las “variaciones” del relativismo lingüístico, que ha terminado introduciendo dos un tanto heterodoxas o al menos más novedosas. En primer lugar, partiendo de la concepción cognitiva o conceptual que popularizaron Lakoff y Johnson, y considerando junto a ellos que las metáforas son también una parte de la gramática de la lengua, se examina la influencia que estas pueden tener sobre el pensamiento (aunque el hecho de que repentinamente aparezca aquí este nuevo componente del lenguaje es una señal de la indefinición de la noción con que trabaja el autor a la que aludiré luego). En segundo lugar, partiendo de concepciones externistas del lenguaje como las de las teorías causales de la referencia, y tomando algunos experimentos

mentales como los de la “artritis” de Tyler Burge, el autor propone una “versión externista del argumento a favor de la relatividad lingüística del contenido (amplio)”. Me permito aquí hacer una pequeña y seguramente desencaminada crítica. Con respecto a la concepción cognitiva de la metáfora no tengo nada que decir, la relación con el problema del relativismo lingüístico es obvia, y su pertinencia y actualidad patentes. Con respecto al externismo semántico debo confesar que su catalogación como “relativismo lingüístico” me resulta forzada y sobre todo, sospecho que introduce una gran cantidad de confusión conceptual. Si estoy en lo cierto, el autor del libro dejándose llevar por un espejismo conceptual acaba por cometer aquí el mismo tipo de error argumental del que acusa justamente a otros autores (el de hacer oscilar el significado de los términos para derivar indebidamente la tesis relativista). La concepción del significado de Tyler es muy “específica” (identifica significado directamente con aquello que determina la referencia, y entiende que la determinación de la referencia es mediada socialmente, dos tesis muy respetables pero muy controvertidas) como lo es la noción de estado mental con la que trabaja (al igual que la concepción de la teoría de la mente extendida de Clark y Chalmers que luego usa también el autor, considera que el estado mental incluye o al menos está determinado por cosas y hechos fuera de la cabeza del hablante), y está clarísimo (al menos para mí) que en el planteamiento de Whorf como en las discusiones de los lingüistas las nociones son internistas: Whorf habla de la lengua “interiorizada” o aprendida por el hablante y del pensamiento en tanto que vivencias, percepciones o creencias que trascurren íntegramente dentro de la cabeza del hablante. Solo desde concepciones “internistas” del lenguaje y el pensamiento (o, si se quiere, solo en términos de contenidos estrechos) tiene sentido plantear la tesis del relativismo lingüístico, y si se utilizan nociones externistas (o contenidos amplios) simplemente se cambia de tema y acaba hablándose de otra cosa.

Ya que estamos con la cuestión crucial de la oscilación terminológica, me atreveré a dar mi propia valoración del debate, la que he entresacado de la lectura del libro, y que tiene mucho que ver con el asunto este de la claridad conceptual. Lo hago no por egotismo, sino como una prueba de que el libro “da que pensar” y que resulta sumamente útil para efectuar un diagnóstico y formarse una opinión propia aunque no sea, en este caso, la del autor. En el preludio se describe muy nítidamente el “locus” en el que se desarrolla la investigación: *El problema de la relación entre el lenguaje y el pensamiento se plantea, por su propia naturaleza, en la porosa frontera entre la filosofía y las ciencias del lenguaje y la filosofía y las ciencias de la mente, lo que requiere tener siempre un pie en cada terreno* (pág. 11).

Y en efecto, la abrumadora mayoría de los autores que cita y presenta el libro son o bien científicos (lingüistas fundamentalmente, pero también antropólogos, sociólogos, psicólogos y biólogos) o bien autores que están a caballo entre ciencia y filosofía (Chomsky, Pinker...) o bien filósofos que trabajan muy pegados a la ciencia. Prácticamente no aparecen, y siempre muy circunstancialmente lo que podríamos llamar “filósofos puros”, filósofos que *de motu proprio* y explícitamente llevan a cabo sus investigaciones a espaldas de resultados y teorías científicas. Y lo que uno se encuentra, lo que a mí me ha parecido encontrar siguiendo todas las vueltas y verivueltas del debate “científico”, es un intrincado laberinto de indicios y contraindicios, experimentos y contraexperimentos, observaciones y contraobservaciones en los que todos parecen partir de los mismo datos brutos (este rasgo gramatical, esta conducta, este resultado experimental), pero disienten en la interpretación de los mismos (si es

o no distinto de este otro, si es producida o no por este rasgo, si es generalizable o no). De ahí que a medida que se van acumulando los argumentos no solo no veamos avanzar el debate ni en una dirección en otra (nadie parece tener nunca una razón convincente para abandonar su postura), sino que tampoco podamos orientarnos en la cuestión a través de él los que buscamos una respuesta y no partimos de una que vamos a defender a toda costa. Y no creo que esta situación vaya a cambiar nunca (no se resolverá el debate, no conseguiremos formarnos una opinión bien fundamentada), por mucho que científicos y filósofos “naturalizados” acumulen datos y descubrimientos, porque la cuestión de las relaciones entre lenguaje y pensamiento no es empírica, es conceptual. El desacuerdo no es sobre cuestiones de hecho, sino sobre cuestiones gramaticales: sobre qué es lenguaje y qué es pensamiento, y qué es cultura y sobre cuales son las relaciones entre los tres conceptos.

Entiéndaseme bien: no estoy diciendo que las investigaciones lingüísticas, psicológicas o etnográficas no tengan “su” valor. Los resultados parciales, estoy de acuerdo con el autor del libro, son interesantes y merecen ser conocidos y tenidos en cuenta por el filósofo del lenguaje o de la mente (!cuanto bien hubiera hecho en su momento que los pioneros de la filosofía del lenguaje hubieran sido más conscientes de la diversidad lingüística!). Pero por si solos ellos no solo no van a resolver el problema, sino que al contrario, pueden desorientar y hasta malear la comprensión si nos hacen desconfiar de nuestras intuiciones como hablantes. Este, nuestro propio conocimiento pre-teórico de cómo pensamos y hablamos (y cómo pensamos para hablar, y cómo hablamos para pensar) es, curiosamente, el único contra el que arremeten todos los actores de esta obra. Todos, universalistas y relativistas de cualquier variante, pretenden hacernos dudar de que aquí las cosas son como parecen, convencernos de que el lenguaje y la mente funcionan de maneras insospechadas y misteriosas, y de esta manera nos desproveen de nuestros conceptos y creencias cotidianas sin ofrecer a cambio otros lo suficientemente perspicuos. Hay distintos motivos que podría aducir aquí como prueba de ello, pero me centraré en el que me parece más obvio.

La tesis del relativismo lingüístico versa sobre las relaciones entre lenguaje y pensamiento. Así que para entender la tesis (ya no digo para probarla o refutarla) lo primero que necesitamos es una clara comprensión de los conceptos de lenguaje por un lado y pensamiento por el otro. Parece de sentido común empezar por ahí, ¿no?. Pues bien, en el libro, y en todo el debate que se describe, no nos encontramos tal examen gramatical, ni prácticamente ninguna aclaración sobre los conceptos involucrados (y está claro que el autor no podría hacerlo, pues no hay ningún concepto de lenguaje y pensamiento que pueda hacerse compartir a todos los autores utilizados). De ahí que la tesis parezca decir cosas tan distintas según la miremos por un lado o por el otro, o la coloquemos aquí o allá, y de ahí también que acabemos no sabiendo que quiere decir (un ejemplo claro de esto es el “relativismo externista” que mencioné esto). Y, no lo olvidemos, el hecho es que hay muy diversas y contrapuestas nociones del lenguaje (basta con poner al lado las representacionistas y las pragmáticas) y pensamiento (idem), y en algunas de ellas tanto la tesis relativista como su negación simple y llanamente no tienen sentido. Valga como ejemplo la concepción del Wittgenstein maduro, donde la interpenetración entre lenguaje y pensamiento (entre juegos de lenguaje y vivencias), y la de estos con la cultura (formas de vida) es tal que hablar de la influencia de una sobre la otra sería como hablar de la influencia del codo sobre el antebrazo o el dedo índice sobre el pulgar.

Y aquí, creo, resulta procedente volver sobre la cita de Austin para, remedando al autor del libro, abrir y cerrar el discurso homenajando al maestro. Es cierto, la simpleza es un grave error filosófico. La simpleza consistente, por ejemplo, en creer que basta con enunciar una tesis para hacer comprensible un problema. Pero la simpleza, según mi manera de entender al de Oxford, no se resuelve triturando la tesis y descomponiendo la tesis en una miriada de enunciados, que bien pueden seguir siendo tan oscuros como el original si no se entiende el sentido en que en uno y otros se están utilizando las palabras. La simpleza se resuelve explorando la riqueza gramatical de las expresiones y locuciones que aparecen en el enunciado, comparando sus usos diversos con los que se hace de ellos aquí, sacando a la luz lo relevante o lo desatendido en nuestro conocimiento pre-teórico del asunto, haciendo visibles todos los aspectos involucrados. Y al hacer esto encontraremos conceptos muy amplios (y que admiten muchas formas de ser entendidos) y, en el camino, otros conceptos con los que ellos están íntimamente relacionados junto a muchos otros factores, circunstancias y locuciones concurrentes (emociones, intenciones, costumbres, capacidades biológicas, historia, normas de convivencia, conflictos...). Y así, con un poco de mala o buena suerte, acabará desapareciendo el problema bajo el gran despejador de nieblas que es el análisis gramatical.

En resumen: un libro honesto, concienzudo y altamente valioso, un debate confundido y confundente.

Javier Vilanova Arias.  
Universidad Complutense de Madrid  
vilanova@filos.ucm.es